



LECTURA
SEMANAL Y
POPULAR

10
Centy.

423 21. NUM. 17

ORTEGA y FRIAS
**HONOR DE ESPOSA
CORAZÓN Y DE MADRE**

LECTURA

AÑO II SEMANAL **PRE-
CIO:**
NÚM. 17 **10**
23 FEB. POPULAR **CTS.**
1926

Periódico semanal que publica los martes la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. Administración, cierre y talleres: San Sebastián. Administración, correspondencia y suscripciones: Madrid, Calle de Valencia, 28 - Apartado 447.

SUSCRICIÓN: Año: 5 Ptas., seis meses: 2,50 Ptas.

EN PUBLICACIÓN

HONOR DE ESPOSA Y CORAZÓN DE MADRE *por Ramón Ortega y Frías*

Personajes y resumen de lo publicado anteriormente:

Margarita de Solís se enamora del caballero don Juan de Monzón, que por motivo de un duelo marcha a París. En ese tiempo la obligan a casar con el conde de Rocanegra, que tiene que ir a Méjico dejando un hijo: Leandro Sandoval. Llegan noticias falsas de su muerte. Regresa Rocanegra cuando Margarita y don Juan tienen un hijo que es entregado a una humilde

(Continúa en la penúltima página).

— ¡Dios mío!

— Ese que vino tomando mi nombre y, probablemente con un nombre que no es el suyo, ése a quien vos misma habéis introducido en la celda donde está María, es el amante terrible, el seductor de mi desgraciada hija, es el que se ha burlado de mí una y otra vez, el que se mete en todas partes sin saber cómo y desaparece como un fantasma!

La anciana quiso exhalar un grito, y no pudo. Quedó inmóvil y muda: hubiérase dicho que se había petrificado.

— ¡Os lo advertí! — prosiguió diciendo el comendador —; os lo advertí una y otra vez, y no podéis alegar ignorancia! Pero os empeñasteis en que aquí estaba segura mi hija, porque aquí de nada serviría la influencia de Satanás, y esa confianza ha sido nuestra perdición. ¿Qué ha conseguido con poner a María bajo vuestra protección y cuidado? ¡Para que viese a su amante, bien estaba en mi casa!

— ¡Imposible, imposible! — murmuró la superiora.

— ¿No decís que anoche vino uno de mis criados?

— Sí.

— Pues a ninguno envié.

— Pero...

— ¿No decís que entró en la celda de María?

— Entró, aunque no quería detenerse, y su mismo empuje en irse me inspiró confianza.

— ¡Ese empuje era un ardor, una farsa, un lazo en que caísteis con una candidez digna de compasión! ¡Bien dice Andrés: una criatura torpe es más peligrosa que todos los brujos del mundo! Reconozco vuestra buena fe; pero vuestra torpeza, señora, vuestra torpeza no tiene perdón.

— También ha sido engañado.

— ¿Lo cual prueba que es un estúpido!

—¿Y cómo sabía ese mancebo lo que a Canuto le había sucedido?

—¡No importa cómo lo sabía!

—Preciso es que el demandadero nos dé más explicaciones. ¡Jesús! ¡Estoy aturdida, no sé lo que me pasa!

La superiora llamó y mandó que avisasen a Canuto. Esto se presentó.

Ninguna explicación podía dar; pero cuando le dijeron que le habían engañado, exclamó:

—¡Ahora lo comprendo todo!

—¿Qué comprendéis—preguntó la anciana.

—Al salir anoche el mancebo me dijo que en lo posible había que me hubiese engañado, porque el amante temible, con su nombre o con otro cualquiera, con un pretexto o con otro, no se quedaría sin entrar en el convento.

—¡Bien os decía yo, reverenda madre, que ese hombre, tomando el nombre de uno de mis criados!...

—Aseguró que se llamaba Querubín.

—¿Querubín?...

—Eso es.

—Así se llama el hijo de un amigo mío...

—Por eso vuestra hija le nombraba en sus momentos de delirio, como os nombraba a vos y a su doncella...

—Y eso fue para vos una prueba incontestable.

Si torpe había sido la superiora, no menos torpe se mostraba don Pedro, puesto que firmemente creía que el amante misterioso había tomado el nombre de Querubín, como pudo tomar el de Andrés o cualquier otro.

Ni siquiera remotamente sospechó que el protegido del señor de Guevara fuese el amante. Si lo hubiera sospechado, se habría explicado la conducta de Querubín aquella mañana.

—¡Ahora comprendo!—dijo con tono de amargura—

¡Ahora comprendo por qué tan pronto ha mejorado la salud de mi hija! ¡No ha sido el milagro del medicamento que tomé, sino la satisfacción de haber visto al hombre a quien ama!

—¡Todo esto es horrible!

—¡Más de lo que os parece, reverenda madre!

—¡Convertir esta santa mansión en campo de intrigas, en centro de mundanales pasiones! ¡Virgen santa!

—Eso es que nada he conseguido con encerrar aquí a mi hija.

—Ahora la veréis; le pediréis explicaciones...

—No la veré, porque si le hablo de este asunto, puedo producir en su salud un nuevo trastorno, y si nada le digo, quedará mi dignidad rebajada.

—¡Preciso es hacer algo!

—Dejadla que recobre la salud, y entonces me la llevaré.

—Lo que me parece imposible es que ese hombre haya podido averiguar dónde se encuentra María, pues anoche, cuando acometió a Canuto...

—¿Qué acometida es ésa? ¡Necesito saberlo todo!

—Cuando Canuto volvía, se vio expuesto a morir. Decid lo que os sucedió, hermano.

El demandadero refirió detalladamente la aventura que la noche anterior le había puesto en grave apuro.

Escuchó atentamente don Pedro.

Luego reflexionó.

De todas sus reflexiones nada pudo sacar que le iluminase.

¿Qué recursos le quedaban?

Uno nada más: decir a la condesa que había llegado el momento de decidir, concediéndole un breve plazo, pues así la desgraciada madre tendría que revelar su secreto a Leandro, y éste aceptaría el sacrificio para salvar la honra de la que le había dado el ser.

Después de esto no tendría el señor de Saavedra inconveniente en decir a Querubín quiénes eran sus padres.

Grandes esfuerzos tuvo que hacer el comendador para recibir la calma.

Como no podía resignarse, y aunque guardaba silencio, apretaba los puños y hacía gestos de desesperación.

Su vida hubiera dado por castigar al amante misterioso que tan hábil y audazmente se había burlado de él.

—Reverenda madre—dijo el comendador después de algunos minutos—, lo que ha sucedido puede servir de lección.

—Descuidad.

—No descuido.

—Aunque se presente la persona más autorizada...

—Debéis pensar que ese miserable cambiará de sistema.

—¡Nada conseguirá!

—Eso mismo decíais ayer.

—¿Quién había de sospechar lo que ha sucedido?

—Pues precisamente lo que no se sospecha es lo que sucede, y por eso es menester estar prevenidos para todo.

—Nadie más que vos verá a vuestra hija.

—Ese hombre puede penetrar en el convento sin ser visto por nadie.

—¡Eso es imposible!

—Han engañado una vez a este buen hombre.

—Caballero—dijo Canxo—, según tengo entendido, vuestra señora ha sido también engañada.

—No como vos; y, sobre todo, me parece conveniente que otra persona de mi confianza venga para ayudarnos a vigilar.

—¿Y si esa persona, por arte diabólica, se transforma y nos da un chasco?

— ¡El diablo nada tiene que ver en este asunto!

— Señor don Pedro—replicó la superiora—, no puedo consentir que personas extrañas se instalen en este recinto.

— ¡Os atrevéis a responder de que el seductor de mi hija no se burlará de vosotros segunda vez?

— ¡Os respondo, sí!—dijo con demasiada ligereza la religiosa.

— En ese caso...

— Podéis estar tranquilo.

— ¡Quiera Dios que no os equivoquéis!

Muy poco más hablaron, porque don Pedro quiso aprovechar los minutos para poner en práctica su resolución, y despidiéndose de la anciana, salió de la celda y del convento.

La reverenda madre dispuso que inmediatamente se rociase con agua bendita la celda de la hija del comendador, el pasillo y todas las habitaciones por donde había pasado la noche anterior Querubín.

Canuto obedeció, y por espacio de media hora estuvo sacudiendo el hisopo, mientras juraba tomar terrible venganza el día que consiguiera encontrar al seductor.

— ¡Y el muy desvergonzado—decía el demandadero— se atrevió a nombrar a la Santa Virgen, ofreciéndole un manto y una corona de oro! ¿Puede imaginarse cinismo igual? ¡Y yo, infeliz y mil veces desdichado, toqué su mano, y la estreché con la mía! ¡Esto es horroroso hasta el último grado del horror!

Canuto, como para purificarse, metió la diestra en el agua bendita, se santiguó muchas veces y siguió regando.

Como vamos viendo, todavía la fortuna protegía al enamorado mancebo, pues, ya que no otra cosa, conseguiría que la hija del comendador saliese del convento.

¿Era verdad que había mejorado mucho la salud de María ?

Había mejorado, y don Pedro de Saavedra no se equivocaba al suponer que la satisfacción de haber visto a su amante era lo que le había hecho gran beneficio. Sin embargo, aún debía la infeliz permanecer en el lecho algunos días.

El comendador se detuvo en la calle del Barquillo.

—¿Debo esperar a mañana ?—se preguntó.

Y después de algunos momentos, dijo:

—¡No esperaré!

Como nunca debemos compadecer a la condesa.

El padre de María, dejándose llevar de su arrebato, entró en la morada de los condes de Rocanegra, encontrando a Perico, a quien preguntó:

—¿La señora condesa ?

—Creo que está en su aposento; pero no puedo asegurarlo, porque yo salí hace más de tres horas, y he vuelto hace pocos minutos.

—Preguntad.

—¿De parte de quién ?

—¿Acaso no me conocéis ?

—Es torpeza; pero...

—Soy el comendador don Pedro de Saavedra.

—¡Perdone vuestra señoría! Voy corriendo a dar aviso a la doncella para que pase recado a nuestra ilustre señora.

Perico se alejó.

Después de algunos minutos volvió para decir:

—La señora condesa ha pasado muy mala noche, no se encuentra del todo bien, y si vuestra señoría no lo llevase a mal...

—El asunto es urgente.

—Se pasará nuevo recado.

Otra vez desapareció el sirviente, que cuando volvió dijo:

—Entre vuestra señoría.

Don Pedro se dirigió al gabinete donde se encontraba la condesa, y entró, saludando fría y ceremoniosamente a la desdichada madre. ¿Cedería ésta?

Pronto había de resolverse la situación.

CAPITULO XLIX

El último plazo

Como la situación había llegado a su punto más crítico, y como la condesa había sufrido mucho en la noche anterior, debe suponerse que estaba abatida; pero no sucedió así, sino que, por el contrario, aquella mujer singular parecía enérgica como nunca.

Era indudable que había reflexionado, que había meditado muy detenidamente; pero también es cierto que no podía adoptar ninguna resolución, porque su suerte dependía de lo que el comendador quisiera hacer, porque no era dueña de su voluntad, sino que tenía que someterse incondicionalmente a la del padre de María.

Ya sabemos que éste había decidido cortar por lo sano, como suele decirse, pues sólo así debían resolverse todas las dificultades.

¿Había previsto esto la condesa?

Por lo menos debía esperarlo todos los días, porque si hasta entonces la había dejado el comendador, no había sido sino para probar su benevolencia y en concepto de que concedía un plazo; pero todo plazo se cumple, y, más o menos tarde, debía cumplirse aquél.

—Señora—dijo don Pedro—, me permitiré recordar mis palabras de otras veces.

—Caballero—replicó la dama—, no me sorprende vues-

tra visita; pero si vuestra agitación, la palidez de vuestro rostro, vuestro aspecto, en fin.

—¡No hay calma posible en mi situación!

—Poco falta para que me digáis que envidiáis la mía.

—¡No sé lo que envidia, ni lo que deseo, ni lo que temo!

—Comendador...

—Las circunstancias son el gran tirano a quien tiene que someterse la criatura. Muchas veces os lo he dicho.

—¿Eso es lo que tenéis que recordar?

—Sí.

—Lo cual significa que, obligado por las circunstancias, venís para hacerme nuevas exigencias.

—No os equivocáis—respondió bruscamente el comendador.

Arrugóse el entrecejo de la condesa.

Su mirada profunda se fijó en el anciano.

Este, tomándose la misma libertad que otras veces, sacó su caja de rapé.

—Ya os escucho—dijo la pobre madre.

—Llevé a mi hija a un convento.

—Mejor guardada la hubierais tenido a vuestro lado; pero eso no es asunto mío.

—No os equivocáis, señora, porque el miserable que ha trastornado a María se introdujo anoche en el convento; engañando a la superiora, vio a mi hija, que está gravemente enferma, y otro día volverá para hacer cuanto se le antoje.

—No comprendo nada de lo que decís.

—Pero si comprenderéis que tengo necesidad de poner término a esta situación.

—Si ha de ser a costa mía, a costa de la felicidad de mi hijo...

—¡Perdonad, condesa!

—Me concreto a escuchar—dijo la madre de Leandro con breve acento.

Y se hizo más densa la palidez de su rostro.

Don Pedro de Saavedra cambió de postura, volvió a tomar rapé, y dijo después de algunos minutos:

—Mucho lo siento; pero es preciso, absolutamente preciso.

—Proseguid.

—Apenas mi hija recobre la salud, saldrá del convento.

—Está bien.

—Y entonces será esposa de vuestro hijo.

—¿Y si no sucede así?

—Ya sabéis lo que os aguarda.

—¡Oh!...

—¡No más consideraciones, no más contemplaciones!

—¿Es decir, que fijáis un plazo?

—Eso es.

—¿De cuántos días?—preguntó la condesa con una calma cuyo significado no era posible adivinar.

—Supongo que dentro de una semana podrá María salir del convento.

—Tengo, pues, una semana para elegir entre mi honor y la dicha de mi hijo; una semana para luchar. ¡Me parece mucho, comendador!

—¿Que os parece mucho?

—Sí, muchísimo.

—Señora...

—Cuanto más se prolongue la lucha, más se prolongará mi sufrimiento.

El anciano fijó una mirada de sorpresa en la dama.

Ésta prosiguió diciendo:

—Quiero concluir de una vez, porque temo que las fuerzas me falten.

—Pensad que si he dilatado la resolución de este asunto ha sido para acceder a vuestros ruegos.

—Yo misma me engañaba; pero después de reflexionar, me he convencido de que al fin ha de llegar el momento terrible: si ha de llegar, cuanto más pronto, mejor.

—¿Es que queréis decidir ahora mismo?

—¡Sí!—respondió resueltamente la condesa.

—¡Señora!...

—¿De qué os admiráis?

—¡Es incomprensible vuestra conducta!

—No la comprendéis porque no tenéis corazón.

—Ante todo, quiero la dicha de mi hija.

—¡Basta de farsas, caballero!

—¿Farsas? ¿Qué estáis diciendo?

—¡Conozco todas vuestras intrigas!

—¡Cuidado, señora; cuidado!

—¡No ignoro que os habéis puesto de acuerdo con mi esposo para inutilizar a esa infeliz a quien ama Leandro, a esa desgraciada cuyas virtudes debieran avergonzaros!

Extraordinaria palidez cubrió el rostro del comendador.

Su turbación fue tal, que no acertó a pronunciar una palabra.

—Todo eso—añadió la condesa—va a concluir; porque yo protegeré a Consuelo; y en cuanto a vuestra hija...

—¿Se casará con don Leandro?

—Se casará, si es posible.

—Si él quiere...

—Menester es que ella quiera también; pero si se niega a ser la esposa de mi hijo...

—No se negará.

—Preciso es hacer todas las suposiciones.

—Como mejor os parezca, puesto que nada se pierde por suponer.

—Para salvar mi honor, obligaré a mi hijo a que diga que quiere casarse con vuestra hija.

—Entonces...

—Pero si por parte de ella hay algún inconveniente invencible, ¿qué sucederá ?

—En ese caso...

—Me parece que no debo ser responsable de lo que haga vuestra hija.

—Y no lo seréis; pero esos inconvenientes no se presentarán.

—Hemos hecho suposiciones; tengo vuestra palabra...

—La cumpliré.

—Y si no la cumplís, lo mismo Leandro que don Juan de Menzón tendrán derecho a escupiros al rostro y a mataros.

—Lo que decís es demasiado grave.

—Hablamos por última vez de este asunto, y nada debemos ocultar.

—Está bien, señora.

—No olvidéis lo convenido, don Pedro.

—No lo olvidaré.

—Cuando vuelva vuestra hija a vuestra casa, mi hijo Leandro declarará que está dispuesto a casarse con ella; pero antes no, porque se considerará que el plazo no ha concluído.

—Perfectamente.

—Ahora supongamos que mi hijo, para complacerme, os pide formalmente la mano de María antes de que ella salga del convento.

—La palabra de don Leandro será bastante para mí.

—Y como todo habrá concluído, como yo habré cumplido mi promesa, vos cumpliréis la vuestra también.

—¿Podéis dudarle ?

—¿Y me diréis dónde se encuentra el hijo de mi debilidad, el hijo de mi deshonra ?

— ¡Sí, sí!

— ¡Hemos concluido!

No esperaba don Pedro que así terminase la conversación; pero supuso que la condesa, cansada de luchar y de sufrir, había preferido concluir de una vez. No había más que decir, puesto que ya estaban de acuerdo.

—Vuestra presencia me desagrada mucho—repuso la pobre madre mirando con profundo desdén al caballero.

—Lo creo, señora.

— ¡Dejadme!

—No me creo con derecho a permanecer aquí.

—Ya ha terminado vuestra obra, ya habéis triunfado, y, por consiguiente, debéis dejarme en paz.

Púsose en pie el anciano y tomó el sombrero.

—Se me olvidaba haceros una advertencia—dijo la madre de Leandro con tono de sencillez.

—¿Cuál?

—Ese hombre a quien ama vuestra hija hace lo que parece imposible.

— ¡Por desgracia!

—Si pone algún estorbo a nuestros planes, no sufriré yo las consecuencias.

—Nunca os he hecho responsable de los abusos de ese hombre.

—Ahora sois justo, comendador.

— ¡Alguna vez he de serlo!

—Me parece que ya de nada me olvido.

—Yo tampoco.

—Pues que el cielo os guarde.

—Y que a vos os haga feliz.

Salió don Pedro.

Los negros ojos de la dama relumbraron como dos carbunclos.

— ¡Oh! —exclamó— ¡No sabes de lo que es capaz una madre cuando se trata de la dicha de sus hijos!

¡No sabes de lo que es capaz una mujer como yo cuando se trata de su honra! ¡Miserable! ¡Aún puedo luchar, y lucharé! ¡Dice que el amante misterioso se ha introducido en el convento la pasada noche! ¡Y ese amante es el hijo del señor de Guevara, es ese mancebo que se llama Querubín! ¡Querubín! ¿Qué debo temer cuando cuento con el auxilio de criaturas que tanto valen? ¡Querubín, Querubín! ¡El mismo nombre que el hijo desgraciado de mi amor! ¡Y no es mi hijo! ¡Oh!...

La condesa apoyó la frente en las manos y quedó inmóvil.

Entretanto el comendador se encaminaba a su vivienda diciendo para sí:

—¡Vive el cielo! ¡Mentira me parece que la situación esté resuelta! Volverá María a mi lado, Leandro se casará con ella, porque hará todos los sacrificios para salvar el honor de su madre, y después me cuidará de Mariana y de Consuelo. No creí que la condesa cediera con tanta facilidad; pero ello es que ha cedido, ha prometido, y cumplirá, aunque le cueste la vida.

Apenas el comendador entró en su casa, dijo a su criado Andrés:

—No te preocupes de las dos mujeres que viven en la cecanilla de Santiago.

—Las olvidaré, señor.

—Dirás al conde de Rocanegra que no puedes atender más que a mi servicio.

—¿Y qué haremos con el travieso Querubín?

—Nada tienes que hacer más que dejarle.

—¿Y el amante misterioso?

—¡El miserable se ha introducido anoche en el convento donde está mi hija!

—¿Otra burla?

—¡Será la última!

—Señor...

— ¡Olvidale también!

— Si vuestra señoría ha determinado ceder...

— Mi hija se casará con el hijo del conde de Rocanegra: es asunto ya convenido.

— Pero ese otro...

— Se entenderá con don Leandro, con el esposo, no con el padre.

— ¡No lo entiendo, señor!

— Yo tampoco.

— Entonces...

— Mi hija está en el convento de Santa Teresa.

— Lo mismo da en éste que en otro.

— Cayó enferma; pero ya se encuentra fuera de peligro, y apenas deje el lecho volverá a mi lado.

— Eso quiere decir que ya nada tengo que hacer.

— Pero el día que mi hija se case con don Leandro de Sandoval recibirás la recompensa que te he prometido, porque quiero pagar tus servicios largamente.

— ¡Gracias, señor!

— Ahora no pienses más que en pasar buena vida.

— Si vuestra señoría está completamente tranquilo...

— Me considero ya dichoso.

— Me felicito, señor.

— Creo que hemos dado a este asunto más importancia de la que tiene, y eso es lo que más nos ha hecho sufrir.

— Tal vez.

— ¡Déjame, buen Andrés!

Éste quedó aturdido, empezando a sospechar que don Pedro había perdido la razón, pues no de otro modo se explicaba tan repentino cambio.

¿Cómo aseguraba el comendador que Leandro se casaría inmediatamente con María? ¿Cómo el anciano renunciaba a saber quién era el que se había burlado de él y trastornado la cabeza de la joven? ¿Por qué ol-

vidarse de las dos pobres mujeres de la costanilla de Santiago?

—¡Ohí!—exclamó el sirviente cuando estuvo solo— En todo esto hay algo que no quieren decirme; pero ese algo lo averiguaré, porque me desagrada mucho representar cierta clase de papeles. Dice mi noble señor que me recompensará largamente; pero no ha pensado que yo tengo mi amor propio lo mismo que él, que lo mismo que de él se han burlado de mí, y que no puedo tranquilizarme si no tomo mi desquite. Si obedezco ciegamente a mi señor, ¿qué pensará de mí el conde de Rocanegra? Y en cuanto a Querubín, ¡rayos, tendrá motivo para burlarse de mí! ¡Eso no, ¡vive el cielo!, que al cabo de mis años no he de ser instrumento de un viejo estúpido! ¡Trabajaré por mi cuenta, pondré en claro el misterio, y el tiempo dirá!

Así continuó discurrendo por espacio de una hora el astuto Andrés.

Luego salió de su aposento para ir a ver a Juana. Volveremos a la vivienda de Leandro.

CAPÍTULO L

El plan de la condesa

Pocos minutos después de haber salido el comendador, la condesa preguntó por su hijo, y le respondieron que hacía poco que se había levantado.

—Decidle que deseó verle.

Leandro se presentó a su madre.

Estaba el joven pálido y ojeroso, triste y meditabundo, como era natural después de los sucesos de la noche anterior.

Con melancólica ternura saludó a su madre, diciendo luego:

—Espero vuestras órdenes.

—Siéntate, y escúchame.

—Ya me han dicho que os ha visitado el comendador Saavedra; y como he observado que su presencia en esta casa produce siempre conmociones y trastornos...

—Leandro—interrumpió la condesa—, sabes ya que hay un misterio que no puedo explicarte.

—Y mientras ese misterio no se aclare para mí, nuestra situación será la misma.

—Te equivocas.

—¡Dios lo quiera!

—Para asegurar tu dicha es tu madre capaz de todo.

—Nunca lo he puesto en duda.

—Me has visto ceder a las exigencias del comendador,

—¿Por qué?

—Porque ha sido preciso.

—¿Y ya no lo es?—preguntó afanosamente Leandro.

—Don Pedro no me molestará, porque le he prometido que tú cederás también y pronto estarás dispuesto a casarte con su hija.

—¡Madre mía!—exclamó el joven fijando en la condesa una mirada de estupor.

—Lo que yo he prometido en tu nombre, tú lo cumplirás.

—¡Que lo cumpliré!

—Sí.

—¿Acaso olvidáis?...

—Nada olvido.

—¡Abandonar a Consuelo!

—Puedes fingir que la abandonas.

—¡Eso sería criminal, horrible!

—Eso no es más que un medio de sostener la lucha.

—No os comprendo.

—Era preciso adoptar una resolución; la he adoptado, y lucharemos con la ayuda de Querubín.

—Tampoco ahora adivino.

—¿Qué sucedió anoche en el convento ?

—¡Pobre Querubín! Tuvo la satisfacción de ver a María; pero, en cambio, sabrá el comendador quién es el amante misterioso de su hija, y, por consiguiente, nuestra situación será más desventajosa.

—Creo que el señor de Saavedra no sabe más sino que anoche se introdujo en el convento el amante desconocido.

—La superiora debe de haberle dicho...

—Lo que le ha dicho no lo sé; pero lo que nos importa es el resultado.

—¡Acabaré por perder el juicio, madre mía!

—Ten calma como yo.

—Ello es que habéis prometido...

—Lo que no quiero cumplir.

—Entonces...

—Según lo que voy viendo, Querubín es una criatura verdaderamente extraordinaria.

—Sí, una de esas criaturas para las que parece que no hay nada imposible; os convenceréis más y más cuando os refiera detalladamente lo que anoche sucedió.

—Preciso será que dé otra prueba de lo mucho que vale.

—Daré mil; no lo dudéis.

—He prometido al comendador que serás esposo de su hija, siempre que ella quiera ser tu esposa.

—María cederá, aunque no sea más que para evitar un escándalo.

—Pero si a vuestra unión se opone algún obstáculo ajeno a nuestra voluntad, don Pedro no tendrá derecho a quejarse.

—¿Y qué obstáculo puede ser ese ?

—Leandro, dicen que la imaginación de los enamorados es muy fecunda, que los enamorados son capaces de

todo, y eso es verdad; pero es mucho más fecunda la imaginación de una madre. Tienen las madres mucho más valor, y pronto te convencerás de que no exagero.

—Ante todo, madre mía, decidme si estáis dispuesta a protegerme para que yo sea feliz.

—Sí, te protegeré, te ayudaré; pero sin que nadie se dé cuenta de ello, aparentando que estoy decidida a contrariar las aspiraciones de tu corazón, porque es necesario que engañemos a nuestros enemigos, es necesario fingir, si hemos de triunfar.

—¡Ah! ¡Me devolvéis la vida!

—Si pudieras comprender lo que tu madre te ama, si pudieras apreciar mis sufrimientos, si penetrases el misterio que en vano te afanas por descubrir...

—¡Madre de mi alma!—exclamó Leandro.

Cogió las manos de la condesa y las besó con infinita ternura.

—¡Tú no puedes comprender lo que es una madre!

—¡Sí, sí!

—Escúchame, hijo mío, porque es menester que aprovechemos el tiempo; pero te suplico que no me dirijas cierta clase de preguntas, porque, como no puedo responderte, sufro mucho.

—Descuidad, que respetaré vuestros secretos.

—Día llegará en que los conozcas, tal vez por mi desgracia.

—Esperaré.

—Voy a darte a conocer mis planes: si los apruebas, hablaré con tu amigo Querubín y con el señor de Guevara, y una vez que estemos de acuerdo en todos los detalles, daremos el golpe, si Dios quiere ayudarnos.

—Decid, madre mía.

—Puesto que para Querubín no hay nada imposible, sacaré del convento a María.

—¡Ah!

—Y cuando así lo haya hecho, yo cuidaré de ella.

—¡Ahora comprendo!

—Tú dirás que estás dispuesto a casarte con la hija del comendador...

—Pero si ella ha desaparecido...

—Claro es que el matrimonio no puede realizarse; y como la culpa no será tuya, como el obstáculo es ajeno y superior a tu voluntad...

—¡Madre mía! —exclamó el joven en el colmo del entusiasmo.

—Mientras esto sucede me cuidaré de Consuelo, protegiéndola para evitar que se cometa un abuso.

—¿Y luego?

—Luego...

La condesa se interrumpió, desplegó una sonrisa amarga, y dijo después de algunos minutos:

—Por de pronto, ganaremos tiempo.

—Pero el tiempo pasará.

—Ya lo sé.

—Esta situación ha de tener su desenlace.

—Confío en la Providencia que nos favorecerá con circunstancias que ahora no podemos prever.

—Me parece que si María se va con un amante cualquiera, ni el comendador ni nadie puede exigir que me case con ella, porque soy un hombre honrado, y no ha de pedírseme que dé mi nombre ilustre y sin mancha a una mujer cuya pureza puede ponerse en duda.

—Eso me favorecerá, para discutir con el comendador.

—Ello es que ganaremos tiempo, que puedo tener alguna esperanza, y eso no es poco en mi situación.

—Pero ten presente que el golpe ha de darse muy pronto, antes de que María vuelva a su casa, pues de otra manera, nada conseguiríamos.

—No perderemos un instante.

—¿De qué medios ha de valerse Querubín? No me lo

preguntas, porque no lo sé; pero si su imaginación es tan fecunda como dicen y es tanta su audacia...

—No lo dudéis.

—Los medios los encontrará.

—Y apenas María salga del convento...

—Aquí la traeréis, que yo tengo pensado lo que con ella he de hacer.

—Cuánto os debo, madre mía!

—¡Calma, prudencia, disimulo!

—¡Descuidad!

—Principia por ir en busca de Querubín: que venga a la hora que te parezca más oportuna, pues no quedará tranquila si yo misma no le doy explicaciones de mi plan.

—Vendrá, y también el señor de Guevara.

—En cuanto a ése, no es absolutamente preciso; y aun casi prefiero entenderme solamente con Querubín, pues ya sabes que su padre se deja arrebatarse fácilmente y todo quiere resolverlo con la espada.

—Pues sólo vendrá Querubín.

—Nada más tengo que decirte ahora.

Nada más tampoco quería escuchar Leandro, que, poniéndose en pie, se despidió de su madre y salió.

CAPITULO LI

Lo que pueden los impulsos del corazón

Aquel mismo día fue Querubín a vez a la condesa.

La madre y el hijo, lo mismo que la noche anterior, sintiéronse profundamente conmovidos sin que acertaran a comprender la causa de su trastorno.

Otra vez la condesa hizo al mancebo algunas preguntas sobre su padre; pero él, no queriendo desmentir a su generoso protector, siguió asegurando que era hijo del señor de Guevara.

A pesar de esto, la pobre madre experimentaba una satisfacción sin igual mientras el joven estaba a su lado, y hacía uso de todo su talento para prolongar la conversación.

Hablaron del plan de la condesa; y aunque Querubín no contaba con medio alguno para sacar a María del convento, fiado en su ingenio y en lo que él llamaba su buena estrella, prometió hacerlo así.

Una vez conseguido este intento, la hija del comendador debía ser conducida a la casa de campo que en las cercanías de Madrid tenían los condes de Rocanegra, casa donde Querubín había nacido.

Allí estaría bien guardada, respetada y servida por los criados de más confianza de la condesa, y por de pronto ganarían tiempo, hasta ver cómo podía resolverse la situación.

Todo esto estaba muy bien en teoría; pero en la práctica presentaba grandísimas dificultades, sobre todo la parte que se refería a sacar del convento a la hija del comendador.

Quizá con demasiada ligereza prometió Querubín; pero ello es que prometió, y una vez comprometido, tenía que cumplir.

—¿Y cómo os arreglaréis?—le preguntaba muchas veces la condesa.

—No lo sé—respondía el mancebo—; pero soy de los que creen que cuando es preciso hacer una cosa, se hace. Meditaré, observaré, averiguaré, y, según las circunstancias, trazaré mi plan.

—¿Y si ese plan no da el resultado que se desea?

—¡Oh!—exclamó Querubín, cuyos negros ojos brillaron como dos carbunclos—. Repito que no sé lo que haré; pero juro que cuando María deje el lecho no volverá a su casa, que aquí vendrá, y que yo seré quien os la entregue.

La infeliz madre contempló admirada, o más bien entusiasmada, al joven, y sin poder contenerse, dijo:

— ¡Si os hubiera conocido vuestra madre, estaría orgullosa de semejante hijo!

— ¡Mi madre! — murmuró Querubín con voz ahogada por una tierna y dolorosa conmoción.

También se sintió trastornado, y añadió sin darse cuenta de lo que decía:

— ¡Pobre madre mía! ¡Por abrazarla, siquiera por verla, daría yo lo que me queda de vida! ¡Tal vez llora por su hijo; tal vez su dicha depende de mí!

— Pues que; ¿no ha muerto? — preguntó vivamente la condesa.

Comprendió entonces el mancebo que acababa de cometer una torpeza, y respondió:

— Dicen que ha muerto; pero... ¡Oh! ¡No hablemos de eso, señora!

— ¿Por qué?

— ¡Si pudierais comprender lo que siento!

No pudo decir más, porque se sentía medio ahogado; contra su voluntad, humedeciéronse sus ojos y dos lágrimas rodaron por sus mejillas.

El llanto corrió también por el rostro pálido de la hermosa dama.

— ¡Perdonad! — dijo Querubín después de algunos momentos — Mis palabras os entristecen.

— ¡Al contrario!

— Soy débil, lo reconozco; soy un niño. ¡Oh! ¡Yo seré hombre!

— ¡Tenéis un gran corazón!

— ¿Y por qué os interesáis tanto por mí? He ahí lo que no me explico, señora.

— ¿Por qué vos tenéis en mí tan ciega confianza? ¿Por qué parece que os deleitáis al escucharme?

— Señora, ahora hablamos sin más testigos que Dios.

—Sí, podemos decir lo que sentimos.

—La primera vez que os osí...

—¿Qué os sucedió?

—No acierto a explicarlo; pero os aseguro que si mi corazón no hubiese estado ya interesado por María, la conmoción que experimenté me hubiera hecho creer que me había enamorado de vos.

La condesa desplegó una dulce y melancólica sonrisa, y alargó la diestra al joven.

Cogió éste aquella mano mórbida y admirablemente modelada, la besó una y otra vez con ternura, y exclamó:

—¡Si yo fuese vuestro hijo!...

—¡Si fuera posible que me llamaseis madre!...

—¡No conocí a la mía! ¡La he perdido para siempre!

—Dadme el nombre que mejor os parezca; llamadme, no señora condesa, sino vuestra amiga, vuestra hermana..., vuestra madre, que eso no es un crimen.

—¡Madre mía!...

—¡Hijo de mi alma!...

Aquellas dos criaturas no eran dueñas de su razón, y obedeciendo a un misterioso impulso, pusiéronse en pie y se abrazaron.

¿Qué hubiera creído el mundo al verlos?

Juntos palpitaban sus corazones.

Profundos suspiros exhalaban, y lágrimas de ternura se escapaban de sus ojos.

No podían articular una sílaba.

¿Cómo habían de expresar lo que sentían?

La cortina de una de las puertas se levantó, apareciendo Leandro.

Fácil es comprender su sorpresa al ver a su madre y a Querubín unidos en estrecho abrazo.

Aquello era inexplicable; pero Leandro, que tenía cie-

ga fe en la virtud de su madre, retrocedió, dejando caer la cortina, sin que le hubieran visto.

Allí quedó para ver y escuchar.

—¡Madre mía!—exclamó por fin el mancebo.

—¡Querubín, hijo mío!—dijo su madre.

—¡Poned entre mis brazos a María, y no gozaré más, no seré tan feliz!

—En tus brazos la pondré, mal que pese al miserable que comete el más horrendo de los abusos, al miserable que destroza mi corazón, y que...

—¡Acabad!

—¡Ese secreto morirá conmigo!—repuso la condesa.

Y languideciendo otra vez, y como si sus fuerzas se hubieran agotado, se dejó caer pesadamente en un sillón.

—¡Un secreto, un misterio!...

—Querubín, por muy desgraciado que seas, no puedes serlo tanto como yo.

—Ese miserable que comete el abuso...

—¡Calla, calla!

—¡Es el comendador!—dijo resueltamente el mancebo.

—¡Silencio; te lo suplico!

—Bien, madre mía, muy bien; pero, afortunadamente, no hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague.

—Olvidas lo que más interesa en estos momentos.

—No lo he olvidado.

—Bien: dime qué es lo primero que piensas hacer.

—Tendré una conferencia con uno de los criados de vuestro hijo, porque me parece que ha de servirnos de mucho.

—¿Y luego?

—Conferenciaré también con mi padre...

—Pero eso es no hacer nada.

—Ante todo, necesito ponerme en comunicación con María.

—¿Y de qué medios has de valerte ?

—Los buscaré; y los encontraré.

—Es envidiable tu fe, Querubín.

—Sin fe nada puede hacerse.

—Ya debemos separarnos.

—¿Nos veremos todos los días ?

—¡Sí, sí!

—En presencia del mundo os trataré ceremoniosamente; pero cuando nadie nos vea, podré entregarme a la ilusión de que estoy al lado de mi madre.

Una dulcísima sonrisa fue la contestación de la condesa.

Separáronse.

Querubín fue al aposento de Leandro, encontrándole meditabundo.

Empeñábase éste en explicarse lo que había visto y oído, y se preguntaba una y otra vez:

—¿Acaso Querubín es mi hermano ? ¿Es posible que mi madre haya olvidado sus deberes, trastornándose por un hombre como el señor de Guevara ? Si eso fuera posible, no se comprende cómo ha tenido abandonado al hijo de su debilidad. ¡Oh! ¡No, no debo creerlo, no lo creo! Y, sin embargo, se abrazaban; él la llamaba madre, ella le daba el nombre de hijo... ¡Vive Dios!... ¡Con mucho menos que esto hay bastante para volverse loco!

Fijó Leandro una mirada escudriñadora en Querubín, mientras éste decía:

—¡Pensativo estáis, caballero!

—La situación obliga a cavilar.

—Yo estoy de acuerdo con vuestra noble madre.

—¿Y bien ?...

—Tengo necesidad de ver a Perico.

—Ahora le llamaré.

—Ha de venirse conmigo.

—Se irá.

—Y si mientras vaciamos una botella combinamos algún plan, os lo dirá luego.

—¡No tengo esperanza!

—Yo sí.

—Esperad un momento.

Llamó Leandro, Perico se presentó, y pocos momentos después salió con Querubín. Leandro no había querido seguirlos, porque necesitaba estar solo para reflexionar.

CAPÍTULO LII

Lucha de ingenio

Fueron los dos jóvenes a dar con su cuerpo en una taberna que había en la calle de Belén, y allí, en el más apartado rincón, con un jarro lleno de vino y algunas magras y sardinas, para hacer boca, entablaron conversación.

Querubín y Perico debían entenderse con facilidad, pues eran los dos igualmente listos y ambos gozaban con cierta clase de travesuras.

Bebieron, brindando por el éxito del asunto que ocupaba su atención, y luego dijo Querubín:

—Supongo que ya nada ignoráis respecto a nuestra situación.

—Nada ignoro, porque mi noble señor tiene en mí completa confianza.

—Pues bien: es el caso que hay que sacar del convento a la hija del comendador.

—La sacaremos—respondió sencillamente Perico.

—¡Así me gusta!—repuso Querubín.

—Permitidme tomar un bocado de esta magra y apurar este vaso.

—Yo haré lo mismo.

—¡Por vuestra salud!

—¡Por la vuestra!

Bebieron.

—La empresa es difícil—dijo el amante de María.

—Y peligrosa también; pero me parece que no por eso hemos de retroceder.

—¡Jamás!

—Señor Querubín, ¿me permitiréis hacer algunas observaciones?

—Con mucho gusto os escucharé, y aprovecharé el tiempo para descarnar la raspa de esta sardina.

—Yo me parezco a esas personas que todo lo que encuentran lo guardan, por si alguna vez puede servirles lo que parece más inútil.

—Sois poco menos que un avaro.

—Pero no para el dinero.

—Entonces, ¿qué es lo que os gusta guardar?

—Todo lo que me dicen lo conservo en la memoria, y particularmente los secretos.

—Eso significa que conocéis alguno que en esta ocasión puede sernos de utilidad.

—Así es.

—Explicaos.

—¿No es absolutamente preciso sacar del convento de Santa Teresa a la hija del comendador?

—Sí.

—Pues la sacaremos; ya os lo he dicho.

—¿Y cómo?

—Los que siempre andamos a caza de secretos, sabemos cosas de muchísimo interés.

—Lo supongo.

—Frente al convento hay otro edificio.

—Sí, el que se llama Casa de Canónigos.

—Allí habitan los padres graves; y por cierto que pasan muy buena vida.

—Están gordos, colorados, y sonríen como quien es completamente feliz; pero no se me alcanza qué tienen que ver con mi asunto esos santos varones, pues si al menos habitasen en el mismo edificio que las monjas y vos conocieseis a cualquiera de ellos o de sus criados...

—Tened paciencia y os convenceréis de que no estoy lejos del asunto.

—Vuelvo a beber y a escuchar.

—Este jamón es muy bueno.

—¿Deciais ?...

—Que las apariencias engañan.

—Eso es muy verdad.

—Soy amigo, muy amigo, del más antiguo criado de los canónigos.

—¡Algo es algo!

—A mi amigo le agrada beber: cuando se le calienta la cabeza, no puede estar un instante callado, y en su afán de hablar, dice hasta lo que no le conviene decir. Confíadle un secreto: si no le dais vino, descuidad, porque es callado como una piedra, y como además es honrado, aunque le ofrezcan montones de oro no comete una indiscreción. En esta taberna hemos bebido más de una vez, y así he pedido saber lo que parece mentira.

—Todavía no adivino dónde vais a parar.

—Dicen los unos que por tal razón, y los otros, que por tal otra: éstos aseguran que para nada sirve; aquéllos que es una precaución para ciertos casos, y que por consiguiente, no debe pensarse mal, aunque algunos pensarán lo peor, por lo cual conviene guardar el secreto, evitando así que la gente maliciosa murmure, con descrédito y mengua de lo que es muy respetable, y hasta santo.

Era imposible adivinar lo que el travieso Perico quería decir; pero el amante de María no creyó conveniente hacer ninguna observación: llenando su vaso, bebió otra vez, desplegó una sonrisa maliciosa, aunque para sonreír no estaba, y siguió escuchando.

El sirviente remojó su paladar, y añadió:

—A mi amigo no es posible sobornarle por dinero; pero sí es muy fácil hacerle temblar amenazándole con que de su indiscreción se dará cuenta a sus amos: colocado así entre la espada y la pared, tendrá que servirnos contra su voluntad.

—¿Y después?

—Con más o menos trabajo entraremos; por donde entremos podremos salir, y lo mismo que nosotros salgamos saldrá ella.

—¡Perfectamente!

—¿Me habéis entendido ya?

—Figuraos, amigo Perico, que vuestra lengua es una guitarra.

—Ya me lo figuro.

—Pues figuraos ahora que habéis punteado magistralmente.

—Y también me figuro que la música os ha parecido muy agradable.

—Sí; pero música y nada más.

—Preparaos a saber lo que ni siquiera habéis podido concebir.

—Nada me sorprende ni me admira en este pícaro mundo.

—¿Ni lo que hay debajo de tierra?

—Tales cosas he visto, que ni eso tampoco.

—La casa de los respetables padres tiene sus sótanos.

—Así debe ser.

—También los tiene el convento; y...

—¡Basta!

—¿Adivináis?

—Los dos edificios están en comunicación por medio de un subterráneo; ¿no es verdad?

—Sí.

—¡Ah!

—¿Qué os parece?

—¡Triunfaremos!—dijo Querubín, cuyos negros ojos brillaron como dos carbunclos.

—¡Entraremos en el convento!

—¡Y María saldrá!

—¡Y cuando acuda su padre se encontrará la jaula vacía!

Nada inventamos al hablar de esta comunicación subterránea entre los dos edificios, pues está comprobado que se estableció en tiempo de la invasión de los franceses, con el fin de que las monjas tuvieran una salida en el caso de que el convento fuese invadido por los soldados de Napoleón.

Querubín había asegurado que nada le sorprendía, y, sin embargo, fue grande su sorpresa.

—¿Qué más necesitáis para triunfar?—preguntó Perico.

—Prevenir a María.

—Pues para eso no os ofrezco ayuda.

—¡Bebed, mientras yo medito!

Apoyó Querubín los codos en la mesa y la frente en las manos, y quedó inmóvil.

Siguió Perico engullendo jamón y bebiendo vino.

Cinco minutos después levantó la cabeza el ahijado del señor de Guevara.

—¡Vive el cielo!—exclamó el sirviente— ¡Ya habéis encontrado el medio; lo adivino!

—¡No os equivocáis!

—Pues explicaos.

—Mañana irá el médico a ver a María.

—Eso sucederá, puesto que está enferma.

—La, pulsará, le hará las preguntas convenientes, y dirá que nada nuevo tiene que recetar.

—¿Y cómo sabéis que ha de suceder así?

—Eso no os importa.

—Proseguid.

—Al pulsarla deslizará un papel en la mano de la enferma.

—¡Me dejáis aturdidol

—El papel estará escrito por mí.

—¿Queréis acabar?

—¿Nada más tengo que decir.

—Pues si eran incomprensibles mis palabras, las vuestras...

—Me habéis tenido perplejo media hora y aprovecho la ocasión para vengarme.

—Estáis en vuestro derecho, señor Querubín.

—Repito que el médico hará todo eso con la mayor exactitud.

—¿Contáis con su buena voluntad?

—Ni siquiera de vista le conozco.

—Entonces...

—¡Muy torpe estáis, amigo Pedro!

Hubiérase dicho que los dos jóvenes se complacían en sostener una lucha de ingenio.

Querubín llevaba la ventaja, pues para trazar su plan no había contado con la ayuda del conocimiento de ningún secreto.

Perico cavilaba y se impacientaba.

—¡Me doy por vencido!—dijo al fin.

—Pues suponed ahora que el médico se pone malo, lo cual no es imposible, por aquello de que también prenden a la justicia.

—Está supuesto.

—Para no desatender a sus enfermos, ruega a uno de sus amigos y compañeros que le sustituya.

—Todo eso está bien; pero si el médico no pierde la salud, o al perderla no acude al amigo que os conviene...

—¡Estáis aturdido!

—¡Vive Dios!...

—Don Leandro irá a casa del médico, le entretendrá con un pretexto cualquiera, y entretanto mi buen padre, vestido convenientemente...

—¡Cuernos de Lucifer! ¡Declaro que para vos no hay nada imposible!

—¿Entendéis ahora?

—Sí.

—Pues ante todo acechad junto a la portería del convento.

—Y averiguaré quién es el médico...

—Y nada más.

—¡No debemos perder un instante!

Bebieron, pagaron, y salieron de la taberna. Perico fue a situarse cerca de la portería del convento.

Querubín volvió a la morada de los condes de Rocanegra para hablar con Leandro.

Atrevido y muy peligroso era el plan; pero no era Querubín de los que se detenían ante los peligros. ¿Triunfarían?

Habían contado con todo, menos con las casualidades y las coincidencias.

CAPITULO LIII

El doctor Vallecillo

Fácilmente pudo el travieso Perico averiguar quién era el médico de la comunidad de Santa Teresa, pues, acechando, le vio entrar y salir, y aun le reconoció, por ser el mismo que visitaba a los condes de Rocanegra.

mujer, y del que, ni Monzón, que estaba enfermo, ni la condesa, saben nada, aunque lo buscan con ansiedad. Por eso don Juan se retira a su palacio. La condesa vive, amargada, con el conde.

El comendador don Pedro de Saavedra tiene una hija, María, a la que quiere casar con Leandro Sandoval; pero éste ama a Consuelo, hija de una pobre señora paralítica, doña Mariana, que no puede pronunciar ni decir el nombre del padre de Consuelo. Esta madre y su hijo viven cerca del sastre Policarpo. Godofredo de Guevara, arruinado, tiene recogido al joven Querubín, que no sabe quiénes son sus padres, porque fué recogido de manos de una mujer que se murió. Querubín, que es el personaje más importante de la obra, y María, la hija del comendador, se aman en secreto.

Don Pedro sabe el secreto de don Juan y la condesa, porque se lo oyó a Monzón cuando estaba grave; y cuando vé que la condesa apoya a su hijo para casarle con Consuelo, la amenaza con descubrirla; en cambio, si le ayuda, la ofrece encontrar el paradero de su hijo, que es Querubín. ¡Pobre condesa, puesta entre perder su honor de esposa o sacrificar su corazón de madre! Por eso piensa aconsejar a su hijo la boda con María.

El comendador don Pedro, su criado Andrés y el conde de Rocanegra se alían innoblemente, porque Rocanegra quiere tener amores con Consuelo. Asimismo Guevara, Querubín y Leandro se alían para defender la situación de los amores de éstos. Andrés, creyendo que a quien ama Querubín es a Consuelo, quiere engañarle y aprovecharse de él para secuestrarla por orden del conde y de don Pedro.

Tal es la trama de los personajes de la obra.

COLECCION ENIGMA



NOVELAS DE EMOCION Y DE MISTERIO



TITULOS PUBLICADOS EN LA 1.ª SERIE

1 - J. MAICY	Ruñidos	11 - G. LEROUX	El corazón secuestrado
2 -	El botón por sacrificio	12 - "	Roulettable en Rusia
3 -	¡Por ella!	13 - LE ROUGE	El naufragio del espacio
4 -	La astucia de una mujer	14 - "	Al astro espantoso
5 -	La venganza del Destino	15 - SPITZMULLER	El capitán Lagarde de Jarzac
6 -	El secreto de Mari-Rosa	16 -	Los amores de Francisco I y la Gioconda
7 -	Ultraje Mortal	17 -	La marquesa dolorosa
8 - ESTAUNIE	Las cosas ven	18 -	La favorita
9 - G. LEROUX	Bibi, tomo I	19 -	El misterio de miraflores
10 -	" " " " II	20 -	El hijo de Santos

PRECIO DE CADA TOMO EN PUNTA

3,50 PUNTAS

DE VENTA EN LIBRERIAS Y KIOSCOS